¡AMOR DE ANGEL!

NOVELA ORIGINAL

DE

Don Emilio Rey.

Amar y sufrir, ¿no es bastante
para llenar una vida?
G. G. DE AVELLANEDA.

EDICION DEL OMNIBUS.

MEXICO:

IMPRENTA DE VICENTE SEGURA,
calle de Cadena núm. 10.

1854.

¡AMOR DE ANGEL!

CAPÍTULO I.

LA INCORONATA.

LINDÍSIMA es esa jóven de los velados ojos y del tendido cabello! Lindísimo el ángel de dulces miradas que sostiene en sus brazos! Un placer suavísimo, una beatitud infinita dilata las puras facciones de la jóven, mientras que la niña con las manecitas juntas, parece estasiada mirando correr las nubes del cielo, ó soñando quizás con los querubines sus hermanos

Las conoceis? Quereis saber su historia? No es una de esas historias en que se enlazan los grandes crímenes con las grandes virtudes, no es uno de esos dramas fantásticos cuya lec-

tura prensa el corazon, cuyas peripecias deslumbran la mente; nó: es la pintura fiel, la narracion sencilla de la existencia de uno de esos seres amantes y hermosos, bautizados con el mágico nombre de mugeres.

Se ha dicho siempre que las mugeres son débiles, y esto es un error. Su carácter es tímido para la accion, es verdad, pero en general son fuertes en su fondo, porque poseen esa fuerza pasiva para sobrellevar resignadas los dolores, á la que se deberia llamar á nuestro entender *la fuerza del sufrimiento.* Esos seres cuya timidez les impide salvar el mas pequeño obstáculo material, cuando el infortunio tiende sobre ellos su mano de hierro, se encierran en sí mismos, y apuran gota á gota, sin exhalar una queja, el dolor amarguísimo que los oprime, dolor que haria lanzar ayes de angustia á cualquiera de esos espíritus que se creen fuertes y valerosos.

¿Dónde está la verdadera fuerza? ¿En el que sufre en silencio y resignado los padecimientos que le agobian, ó en el que desahoga en gritos lastimeros las torturas de su alma?

Saber sufrir, padecer y callar, hé ahí el valor.

Aurelia era una jóven de carácter dulce como su nombre, tímida como las violetas de su jardin. Hija de nobles y opulentos padres, rodó su cuna de niña entre cortinajes de púrpura, bajo dorados artesones. Ya adolescente, la vida prestaba á sus ojos un horizonte magnífico, un delicioso y rico panorama. Acariciada por los suyos, halagada constantemente por los estraños, nada turbaba la dulcísima quietud de su pecho: cada sol al dorar su frente de ángel la traia sonrisas y perfumes en sus rayos divinos....

¡Cuán feliz pasó Aurelia la edad de la adolescencia! Sus ojos todavía no habian derramado una lágrima amarga.... Si habia llorado, su llanto era el llanto del placer, que la arrancaban las caricias de su madre....

—Aurelia! hija mia! ven acá: le decia ésta, y sentándola sobre sus rodillas, besaba una y otra vez con orgullo sus ojos velados por largas y sedosas pestañas.

Entónces lloraba la madre de amor y de gozo, y la niña lloraba....

Las horas de felicidad duran muy poco, ruedan rápidas á hundirse unas tras otras en ese abismo espantoso que se llama eternidad....

Tres años habian pasado, y la hermosa adolescente era ya una jóven peregrina. La redondez de sus formas, la voluptuosidad de sus movimientos, sus ojos negros y brillantísimos, su frente serena y espaciosa, su esbelta garganta, su magnífico cabello, hacian de Aurelia una de esas bellezas ideales que Murillo y Corregio nos han dejado en sus lienzos llenos de vida; una de esas figuras encantadoras que crearon con su cincel Donatello y Benvenuto Cellini.

Aurelia era tan hermosa como puede serlo una muger, y una muger italiana.

Tranquilos se habian deslizado sus dias hasta entonces: no habia conocido aún esos ruidosos festines, esos saraos incitantes que rasgan poco á poco el cándido velo de la vírgen.... Los besos de su madre, las flores de su jardin, los cantos de sus pájaros, habian formado sus únicos y purísimos placeres.

Aurelia tenia quince años: se hallaba en esa edad delicada en que empiezan á gozar las mugeres de sueños halagadores que empañan el tersísimo cristal de su mente; en que empiezan á anhelar al compas de las desusadas palpitaciones de su corazon, esos deleites desconocidos é ideales, á los que se sienten arrastradas sin conocerlo. Aurelia empezaba á comprender que ya no la bastaban para vivir, los besos de su madre, las flores de su jardin, y los cantos de sus pájaros; que necesitaba otro objeto que pudiera partir con ella las desconocidas agitaciones de su alma.... Sí, de su alma que empezaba á abrirse al amor, como se abre la dahalia de Bombaya á los primeros halagos de las brisas primaverales....

Era el dia en que celebra la Iglesia la Concepcion Purísima de la inmortal MARIA: una concurrencia numerosa y escogida llenaba las naves de la *Incoronata*.... Aurelia estaba arrodillada junto á su madre, sobre un cojin de rico terciopelo, y oraba con recogimiento, embriagada con las severas y melodiosas notas

del órgano, y con el incienso que se desvanecia ante el altar en caprichosas y fantásticas nubes....Ni un solo pensamiento profano turbaba la imaginacion de la vírgen....

De repente sintió algun movimiento detras de sí, y vió que lo causaba un jóven, que sin pena alguna y con el mayor desenfado, pasaba atropellando á los fieles y distrayéndolos de sus oraciones. El jóven se apoyó en una columna. Aurelia lo miró con distraccion.... pero sus mejillas se colorearon de pronto al observar que el jóven fijaba en ella una intensa y devoradora mirada: Aurelia sintió como una conmocion eléctrica, como un sacudimiento galvánico, y cerró sus ojos un instante.— Cuando volvió á abrirlos, hubiérase podido notar en ellos una nueva y vivísima brillantez . . Era la luz del amor que habia alumbrado súbitamente su alma, y que se reflejaba en sus negras pupilas como su sol de Italia en las apacibles aguas de Prócida y de Ischia. Quiso seguir orando; sus lábios murmuraban sencillas preces, pero por su imaginacion distrai-

da cruzaban rápidos, bellos y tentadores fantasmas....

La funcion terminó. Aurelia salió acompañada de su madre. El jóven que se hallaba ya en el pórtico, viólas montar en un blasonado carruaje y desaparecer con la violencia del rayo.

—¡Linda muchacha! murmuró el elegante, y sacudiéndose la charolada bota con el estremo de su baston, abandonó la *Incoronata* tarareando entre dientes un voluptuoso wals que era su favorito.

CAITULO II.

LA ORGIA.

—Por la bella Sidonia!

—Por la aventura de Otón!

—No, por la linda Josefina!

—Chicos! vamos por partes, porque si no, no nos entendemos: brindemos por Sidonia, y luego seguiremos adelante....

—Dice bien! Dice bien! esclamaron en coro varias alegres y argentinas voces.

—Por nuestra amable anfitrion, por el cisne de San Cárlos, por la encantadora Sidonia! y chocándose las abrillantadas copas, apuraron todos el dulcísimo licor de la afamada Capri.. .

—A este bueno de Lorenzo todo le gusta en regla! dijo un jóven de ojos azules, dirigiéndose á una hermosísima muchacha que tenia á su lado.

—Qué quieres, chico! Son consejos de m abuela. Soy rigorista, y amo el órden hasta en el desórden mismo; pero ahora te toca á tí, mi caro Otón.... ¿Mas qué es eso? ¿no me escuchas? ¿tan absorvido te tienen esos lindos ojos? ¡Inconstante! Apuesto á que te has olvidado ya de tu desconocida de esta mañaan.... ¡Vaya! pero si es toda una aventura. .. No le creais una palabra, Josefina.... no le creais. Estos poetas no aman á ninguna.... ó por mejor decir, las aman á todas....

—Quieres callarte? le contestó al fin Otón con aire risueño.

—Pero hombre, si es verdad.... ¿No me has dicho esta misma tarde en el *Vico de Sospiro* que te habia cautivado la bella desconocida? Ah! *maledetto*! ¿te han hecho ya olvidar de ella esa boca de púrpura y esos ojos de azabache?....

—Lorenzo! tú me arruinas....

—Ola! caballerito Otón.... le dijo la linda italiana con ironía.

—No le creais, *signorina*, interrumpió éste con viveza.

—Con que no me crea, eh? Pues ahora, chico, voy á contarlo todo, afuera enigmas. Señores, ¿no sabeis lo que ha pasado á nuestro vate?

—Sepamos! sepamos! dijeron algunos de los alegres convidados.

—Invenciones de Lorenzo!

—Dudais, no? Pues bien, vais á saberlo todo, dijo con la mayor importancia: entró á la *Incoronata* el amigo Otón esta mañana, á matar el tiempo.... segun él dice, pero de repente, hete ahí que percibe á una lindísima muchacha que le mira....y le mira.... y se sonroja.... era una verdadera *madonna*, á guiarnos por sus alabanzas de poeta.

—Bravo! bravo por el hijo de las Galias! esclamaron algunas frescas bocas.

—A la salud de nuestro Otón! A la felicidad de sus amores! Qué ¿no brindias? dijo el locuaz Lorenzo á Josefina.

—Y por qué no? contestóle esta entre séria y alegre, contemplando á Otón á hurtadillas.

Otón comprendió el golpe: dirigió una mi-

rada á Josefina capaz de derretir una peña; y le dijo algunas palabras al oido.

—Ja! ja! ja! ja! ¿Lo cree V. así? respondió ésta con voz estridente. Yo encelarme? y por qué, amigo? yo no me encelo mas que de los aplausos que prodiga el público á mis compañeras, y con voz metálica, aunque imperceptiblemente trému'a:

—A la salud de Otón y á su poética aventura! dijo levantándose; y acercando el labrado vaso á su pequeña boca, apuró el rojo y brillante licor, menos brillante y rojo que sus húmedos y entreabiertos lábios.... Josefina era una de esa voluptuosas mugeres de Frascati, ricas de formas y de sonrisas lascivas, diosas de la sensualidad y del deleite.

El festin continuó mas vivo y animado á cada instante. Imposible ó muy dificil nos seria describir con toda verdad aquella escena alumbrada por cien ojos italianos. Aquello era un ruido incesante, una loca algazara; el chasquido de los corchos, el choque de las copas, los ruidosos brindis, las sonoras risas, los chistes picantes....todo formaba una algarabía

infernal, un conjunto indescriptible que hubiera dado mucho en que meditar á algun severo filósofo.

Epícureo era el Dios á quien rendian ovaciones aquellos jóvenes alegres, y aquellas reinas de la ópera y del baile....

De cuando en cuando se percibían algunas frases cortadas.

—Eres lindísima....

—¡Adulador!....

—¡Per Bacco! Sírveme *lacrima*, Pietro.... ¡ingrata! voy á ahogar en vino tus desdenes.

—¿De veras? No, no lo creo....Y Giovanna?

—¡Giovanna! ¿Quien se acuerda de ella?... vamos, hermosa mia, ya sabes que á tí sola amo: desde que te ví en tu papel de Sílfide?.... ¿te acuerdas? ¡Qué bravos! ¡qué ramilletes! ... pues.... sí estabas tan divina....

—¡Nunca!

—¿Nunca? esa frase no debia existir, Leonora....¡Nunca! ¿qué quiere decir *nunca*? ¿sabes tú esplicármelo?

—Mira, Otón....¿no es verdad que es hermoso?

—No.... no me gusta la Francia.... desde que me separé de Dorville he hecho voto á la Madonna.... ¿te ries? pues sí, he hecho voto de no volver á querer....

—¿A nadie?

—¡Oh! tanto como eso.... A ningun francés....

—El elixir de amor....¿Sabes que el elixir de amor lo bebo yo en tus ojos, Sidonia?....

—Me enloqueces....

—¡Oh! nó, ya te he dicho que no....

—¡Ja ja! ja! pues me gusta....

—Sí, dices bien.... la virtud ante todo.... sabes que guardas un tesoro de moral demasiado grande para tus cortos años....?

—Estais insufrible....Por hoy no puede ser....

—Cuándo, pues, Lucía?

—Mañana....mañana en Portici....

—¡Gracias!

—Otón? ¿Conque dices que es rico?

—Muy rico.... viaja por placer....

—Bueno....bueno....convenidos.

El bullicio se aumentaba.... las libaciones del Siracusa y el Sorrento teñian de púrpura blancas megillas y morenas frentes. La luz de las bujías de rosa reflejaban en magníficas espaldas, mas perfectas que las de la Venus de Canova; se veian bajo la gasa las palpitaciones de los pechos, y de cuando en cuando se percibia apenas el sonido lúbrico de un beso que iba á perderse entre el sonoro de la palpitante orgía....

CAPITULO III.

AURELIA.

El marqués Adrian de Tavory, envuelto en una de tantas conspiraciones políticas como han agitado á la Francia desde fines del último siglo, habia ido á buscar un refugio bajo el cielo encantado de esa tierra de clásicos recuerdos que se llama Italia. Jóven y rico, pero de morigeradas y severas costumbres, despues de haber visitado como turista á Génova y Florencia, á Venecia y Roma; despues de haber admirado entusiasta todas las bellezas que la naturaleza y el arte han diseminado en aquel riquísimo suelo, fijó su residencia en la seductora Nápoles, en esa ciudad coqueta que se aduerme al murmullo dulce de las aguas del Puzzuoli!

Allí pasó algun tiempo entregado entera-

mente al estudio; pero fastidiado al fin de su triste vida de celibato, se unió en matrimonio, á la edad de treinta años apenas, con la *signora* Paula, hija de los ricos condes de Caprani.

Aurelia era el único fruto de este noble enlace, corriendo por lo tanto mezclada en sus venas la sangre francesa y la italiana.

Un noble cambio se efectuó en la vida de Aurelia desde el dia en que contempló á Otón en la *Incoronata*. Una nube de tristeza se apareció en su purísima frente, y las horas que antes habian deslizado para ella tan dulces y rápidas, pasaban ahora con una pesadez mortal. Su madre que la amaba con delirio, no dejó de percibir este cambio; y no comprendiendo la causa que lo habia motivado, la preguntaba á cada instante á la hija de sus entrañas; pero Aurelia respondia siempre á las insinuaciones maternales con una dulcísima sonrisa:

—No tengo nada, madre mia: estoy triste, es verdad, pero no sé por qué; y dándola un amoroso abrazo tranquilizaba un tanto el afan y el cuidado de la autora de su existencia.

Pasó algun tiempo de la misma manera: veíase á la jóver, siempre triste, entregarse á sus meditaciones en los mas apartados sitios de su lindo jardin, y aun podria haberse observado que brillaba una lágrima en sus ojos, cuando sentada ante el sonoro clave, arrancaba del marfil sentidas y melancólicas notas, eco fiel de las que vibraban en su corazon agitado.

Aurelia amaba.

Sérios temores empezó á inspirar á la tierna madre la prolongada tristeza de su hija; y atribuyéndola á la reclusion en que vivia, reclusion quizás demasiado austera para una jóven de su edad, que debia estar ávida de esos goces mentidos pero brillantes que la sociedad nos brinda, se propuso presentarla en todos los salones aristocráticos, y procurarla cuantas diversiones le pudieran halagar.

—Aurelia, la dijo un dia, es preciso que ya hagas tu entrada en el mundo. Hemos recibido una invitacion para una fiesta que dan mañana en su quinta de Sorreto los príncipes

de Tornano. ¿No tendrias gusto en asistir á ella?

—Iria con placer! contestó rápidamente la niña, figurándose gozosa que quizás lograria ver de nuevo al jóven que tan pronta como profundamente habia conmovido su corazon, tan tranquilo hasta entonces.

—Pues bien, hija mia, replicó la madre tomando entre las suyas sus pequeñas manos de alabastro: vé á escoger tu mas lindo trage y tus adornos mas preciosos, porque quiero que mi bella Aurelia no tenga rival en sus galas, como no lo tiene ni puede tenerle en hermosura.

. . . . . .

En las primeras horas de la mañana siguiente se detenia ante la escalinata de la quinta de Tornano un magnífico carruje, en cuyas portezuelas lucía un sencillo escudo que manifestaba la nobleza de la sangre de sus dueños.

La marquesa de Tavory y su hija descendieron de él, y subieron apoyadas en el brazo de un caballero, que bajó precipitadamente á su encuentro....

Pasóse el dia entre mil encantos, en una continuada fiesta, en la que mostraron toda su esquisita cortesanía los opulentos anfitriones.

Ya al caer la tarde, cuando el sol adorna el azul purísimo del cielo con esas caprichosas cintas de púrpura y plata que semejan magníficos y delicados encajes, los alegres convidados se dirigieron á hacer una deliciosa escursion á los alrededores de ese exhuberante y poético jardin que se llama Sorrento.

Sorrento! morada encantadora, paraiso terrenal creado por Dios para los artistas y los amantes....!

La luna brillaba ya con todo su esplendor, bañando con su blanca luz la esmeralda de los campos, cuando llegaron á la quinta los convidados de vuelta de su poético paseo.

Aurelia habia sido la reina de la fiesta: su gentil hermosura habia seducido á mas de un jóven, y habia eclipsado la de tantas otras damas, como su buena madre lo habia previsto en un arranque de generoso orgullo; [illegible] en medio de su triunfo, en medio del murmullo de admiracion que se elevaba en su torno, la niña

estaba triste aunque risueña, porque habia visto desvanecerse una dulcísima y seductora esperanza.

Su madre la veia sonreir, y era dichosa, porque no adivinaba lo que pasaba en aquel corazon apasionado....

Miles de bujías alumbraban los régios salones dispuestos para el baile con que debia terminar tan delicioso dia; y las dulcísimas cadencias de la orquesta sonora, y los suaves perfumes que exhalaban las flores encerradas en vasos etruscos de esquisita cinceladura, deleitaban el alma y embriagaban los sentidos blandamente.

La danza comenzó. Aurelia sentia el influjo de aquella atmósfera de aromas, de aquella música sensual, de aquellas palabras de amores que entre los rápidos giros del wals sonaban por primera vez en su oido; pero én medio de la dulce y desconocida turbacion que se apoderaba de todo su sér, aparecia radiante en su pensamiento la imágen del hombre á quien ya amaba....

De repente sonó una voz que repitió su corazon como un eco.

—Perdonadme, príncipe, decia, tuve que despachar alguna correspondencia para Roma.

—Nada de disculpas, sois un ingrato, mi jóven amigo.... Abandonarnos así en todo el dia! Y por qué? por alguna calaverada quizás....

—Oh! señor....

—Pero en fin, ya sois nuestro ¿no es así? y os perdonaré por esta vez.... Ahora, mi caro Otón, divertíos, gozad.... Si viérais que lindo ramillete de muchachas poseemos! Mirad, mirad si no á esa niña que pasa ahora ante nosotros....

—Mi bella de la *Incoronata*! murmuró Otón absorto.

—El ángel mio, suspiró Aurelia.

Y ambos se dirigieron una de esas miradas que no se pintan, una de esas miradas rápidas pero elocuentes, páginas brillantes en el delicado poema del amor!

Oton no escuchaba ya lo que le decia el príncipe; fijos sus ojos en la hermosa, siguió-

la con la vista en todas las vueltas de la danza, hasta que la vió sentarse graciosamente en un rico divan de raso y oro.

Entónces, y como despertando de un sueño.

—Quién es esa jóven? preguntó Otón al príncipe.

—¡Cómo!.... es posible que no la conozcais....? Vaya, amigo mio, ese es un crímen de lesa-hermosura, que yo debo reparar. Venid, venid; y tomándolo del brazo, se aproximó á Aurelia y á su madre.

—Señoras, dijo, tengo el honor de presentaros al caballero Otón de Lartigues.

Las dos damas saludaron con la cabeza: la madre con afectuosa benevolencia, Aurelia con el rubor en la frente.

—La señora marquesa de Tavory y la rosa de Nápoles, la bellísima Aurelia, su hija, prosiguió el príncipe volviéndose á Otón

El jóven se inclinó. La marquesa se sonrió de orgullo al oir las alabanzas de su hija.

El príncipe fué á cumplimentar á algunos recien llegados.

Otón estaba ya *presentado*, como se dice en la buena sociedad.

—Caballero Lartigues, ¿pensais quedaros algun tiempo entre nosotros? le preguntó la marquesa afablemente.

—No lo sé aún, marquesa. Nápoles es una ciudad bellísima que me encanta, pero tal vez vaya á pasar el carnaval á Roma.

—Y hareis muy bien, caballero; es un espectáculo magnífico que hace recordar los buenos tiempos de la loca Venecia.

Cruzáronse aún algunas frases entre el jóven frances y la dama italiana. Hablóle esta de Francia, á donde acababa de marchar su noble esposo, de su deseo de visitar aquel bello país, y en fin acabó por brindarle su casa de Nápoles con las señales del mas bondadoso afecto.

Resonó la música de nuevo, y á sus primeros acordes Aurelia atravesaba el salon del brazo de Lartigues.

¿No habeis sentido alguna vez esas emociones que agitan el corazon al vagar en ese vértigo que se llama baile, ciñendo la delicada

cintura, oprimiendo la ardiente mano de la muger querida? ¿No habeis sentido nunca en esos momentos de entusiasmo, el cálido aliento de vuestra amante que besa, y acaricia, y quema vuestra frente? ¿No habeis gozado jamas en tales instantes de la viva luz de sus ojos que prometen dulcísimos las soñadas dichas de un cielo? ¿No habeis temblado, en fin, de voluptuoso placer, al sentir que se agita y estremece en vuestros brazos el cuerpo hermoso de la mujer amada? Figuraos entonces las purísimas y embriagadoras sensaciones que gozaria Oton al sentir por vez primera el dulce contacto de su amante, al leer en sus ojos y en su frente el infinito amor que la inspiraba, al beber enloquecido vida y pasion en las ardientes emanaciones de aquella naturaleza vírgen y fogosa....

Otón pensó que aquella niña llegaria á fijar su carácter voluble, que llegaria á hacerle sentir ese amor divino con el que habia soñado.

Rico é independiente, habia consumido Otón sus años juveniles en esa nueva Babilonia que traga tantas fortunas y tantas vidas, en esa ciu

dad de calculadores egoistas que se llama París, donde se trafica con todo, hasta con los sentimientos mas nobles y mas dignos.

Otón habia derrochado una gran parte de sus riquezas en locas y embriagadoras bacanales. Habia buscado un amigo y una amante, y entre tantos hombres que le tendian su mano, y entre tantas mugeres que le prodigaban sus sonrisas, no habia encontrado al fin ni un amor verdadero, ni una amistad sincera. Entonces se lanzó á ciegas en el bullicio y la crápula; sofocó los elevados arranques de su corazon, que fué corrompiéndose poco á poco, y no buscó mas que goces materiales que al cabo le produjeron el cansancio y el hastío. Fastidiado al fin de sus Tullerias y de su grande ópera, desapareció el mejor dia sin despedirse de nadie, y fué á visitar la Italia, donde le hallamos ahora, buscando un cielo mas límpido, mugeres distintas y placeres variados.

CAPITULO IV.

SUEÑOS.

Dos meses habian corrido desde el encuentro que tuvo Otón con Aurelia en la quinta de los príncipes de Tornano Dos meses en que halagaron constantes sueños de ventura la imaginacion acalorada de la hermosa niña; porque habia visto realizarse sus esperanzas de gloria. Su palacio de la calle de Chiaja, antes tan triste, le parecia ahora delicioso, porque en él le habia jurado Otón su cariño y ella le habia abierto su amante pecho con toda la candidez de un ángel.... El fuego del amor prestaba nuevo lustre á la hermosura de la gentil napolitana.

Cuando del brazo de Otón atravesaba los cuadros de flores de su elegante parque; cuan-

do sentada con él en ligera barquilla vagaba sobre las aguas del golfo, respirando el aromático ambiente que acariciaba sus rizos, un placer purísimo se apoderaba del alma de Aurelia, y una sensacion indefinida entorpecia dulcemente sus miembros.... Aurelia era muy feliz con su amor y con su inocencia.... Aurelia tenia fé en su amante, y esta fé la hacia ver el porvenir como un rico velo de rosa bordado de magníficos arabescos de oro....

¡Cuán dichosos somos cuando la fé nos alienta! ¡Cuán felices cuando faltándonos nuestras mas dulces creencias, vemos desgajarse una á una las ricas ilusiones del alma! ¡Oh! sí! horrible es la vida sin la fé, el corazon no cree, el corazon que no tiene una sola esperanza, ¿qué encantos puede encontrar en el árido camino de este mundo?

Vivir sin fé no es vivir; es vegetar.

La fé es la vida, es el amor, es la gloria. Sí,

A su celeste llama

El hombre vive, porque siente y ama.

Aurelia tenia fé en el elegido de su corazon. ¡Pobre niña!

Lartigues amaba á Aurelia como no habia amado á ninguna, es verdad; pero su cariño no era tan elevado, no tenia tanta nobleza y abnegacion como el que se encerraba en el seno de la vírgen. Si Otón hubiese hallado á Aurelia algunos años antes, su amor hubiera sido digno del de la hermosa; pero el alma de Otón estaba ya gastada con los placeres sensuales de que habia abusado, y su corazon, marchito en crapulosas orgías, habia perdido su primitivo vigor. Lartigues se habia engañado á sí mismo; creyó al ver á Aurelia que se habia fijado para siempre; pero luego que hubo pasado su primera embriaguez, luego que se disiparon los primeros perfumes de aquel amor de ángel, su corazon volvió á latir inquieto en busca de otros goces, y de otras mugeres.

La sencilla Aurelia no adivinaba el cambio de su amante.

Una noche entró Otón mas tarde que de costumbre en èl palacio de la calle de Chiaja. Aurelia inquieta salió á recibirlo á la puerta del salon.

—¿Por qué has tardado tanto, Otón mio? le dijo con dulzura infinita.

—He recibido una carta de Lóndres que me obliga á partir mañana, y he estado preparando mi marcha, contestó Otón sonrojándose.

Otón mentia.

—¡Partir! te vas y abandonas á tu Aurelia? ¿Cómo podré yo vivir sin verte, ídolo mio? replicó la niña con húmedos ojos.

—Tranquilízate, Aurelia. Mi ausencia no será muy larga. Pronto volveré á Nápoles y entonces podrán realizarse nuestros deseos.

—Mamá! mamá! ¿No sabes que Otón nos deja? gritó la niña sin ocultar sus lágrimas, dirigiéndose á su madre que se hallaba en el fondo de la sala.

—Os vais, Otón? le dijo ésta tendiéndole la mano con el mayor cariño.

—Señora, con harto sentimiento; pero un anciano tio me llama en su agonía, y no puedo resistir á las órdenes de un moribundo.

—Qué buen corazon! murmuró la pobre Aurelia. Pero dime, ¿no es verdad que vol-

verás pronto? prosiguió con la mayor viveza y el mas inefable candor, contemplando á su amante.

—Sí, sí, Aurelia mia, muy pronto.

—¡Oh! que triste voy á estar sin verte! y tú, y tú tambien, Otón mio, ¡cuánto debes fastidiarte en aquella ciudad de brumas, con aquellas mugeres de hielo, sin corazon y sin alma! cuánto vas á estrañar á tu Aurelia!

¡Pobre ángel! Otón partia por voluntad propia! Otón despreciaba la felicidad que tenia al lado, abandonaba á aquella niña que alimentaba por él un amor tan puro y tan sublime.... por mirar los ojos azules, y los rubios cabellos de aquellas inglesas sin corazon y sin alma, como las llamaba Aurelia en su inocencia!

....

Al dia siguiente Otón atravesaba el tranquilo golfo de la pintoresca Nápoles.

CAPITULO V.

OTON.

¿Habeis estado en Lóndres?

¿Conoceis esa ciudad populosa cuyas pesadas brisas vuelan cargadas con el acre y punzante olor del carbon de piedra? ¿Habeis pisado esas lodosas calles, donde vagan entre las sombras de la noche, como en exhibicion infernal, las criaturas mas bellas y mas prostituidas del globo?

Otón habia llegado á Lóndres y se habia entregado á toda clase de escesos: escéntrico por carácter, habia llamado la atencion de la opulenta aristocrácia inglesa con sus estravagantes caprichos y sus rarezas infinitas, y era citado en el *Jockey club*, y en todos los espléndidos salones, como un jóven del mejor humor y de las mas distinguidas maneras.

Sus aventuras con una linda actriz de *Govent-Garden* y con la bella Lady Everard, una de las mas ricas herederas del condado de Devonshire, le habia elevado al apogeo de la moda, y era consultado, lo mismo en los amores que en las apuestas, por los mas gallardos *gentleman* del Reino Unido.

Festejado por todos, Otón pasaba los dias en una completa embriaguez, que si no daba goces á su alma, agitaba al menos su corazon de fuego y entorpecia su cabeza volcánica.

Asthor-Place habia sido teatro de una de las escenas que mas habian contribuido á conquistarle el renombre de que gozaba, sobre todo entre la juventud, ávida siempre de escándalos. La bella Lady Everard de que hemos hablado, viuda de un anciano lord, habia visto á sus plantas á los mas apuestos galantes, sin que ninguno hubiera conseguido mover su corazon, y en su orgulloso triunfo se complacía la jóven Lady en creerse invulnerable á los dardos de la alabanza y del amor. Pero Otón escucha en medio de una cena la exagerada

pintura de su belleza y de su orgullo, y dirigiéndose á sus compañeros de placeres:

—Mil guineas á que antes de un mes soy correspondido por la linda Lady Everard, dice quebrando una copa de champaña, y todos aplauden aunque sonriéndose con cierto aire de duda.

—Aceptadas, contesta un estirado *gentleman*, seco y arrugado como sus pergaminos de nobleza, y cuyo principal gusto era proponer y aceptar apuestas, en las que invertia la mayor parte de sus pingües rentas.

—Dánse un fuerte apreton de manos el frances y el hijo de Albino, y la apuesta queda cerrada.

Solo faltaba llevarla á cabo.

Ya mas en calma Oton, considera dificultades que no habia previsto al dejarse llevar de un rasgo de amor propio; pero su nombre está altamente comprometido y necesita ganar á toda costa.

Desde entonces Otón se dedice á hacer la corte á Lady Everard, sin el menor disimulo: al contrario, parece que deseaba tuviesen sus

amores la mayor diafanidad posible. Hácese presentar en su hotel, donde es acogido con toda esa severa pero graciosa urbanidad de la alta sociedad inglesa, y á los quince dias de tratar á Lady Everard vésele acompañarla en sus paseos á caballo, en su palco de la ópera, y en fin, en cuantas diversiones públicas presenta la opulenta capital. No fué esto todo: una mañana el *Times* daba una noticia sorprendente, inconcebible: Lady Everard, la orgullosa Lady Everard, habia desaparecido la noche anterior al salir del teatro, y su raptor habia sido.... el jóven francés.

Otón ganó la apuesta. Es verdad que le costó á su vuelta á Lóndres, ver enterrada en su pecho la punta de un florete, cuya herida pudo ser grave: pero Otón, carácter raro y amante de toda clase de sensaciones, gozaba lo mismo en un baile ó en un almuerzo, que en los preparativos de un duelo á muerte. Lo que él deseaba era sentir, agitarse, conocer que vivia por los dolores ó los gustos que esperimentaba.

.....

Entre tanto ocurrian estos acontecimientos la pobre Aurelia habia pasado sus horas en esa espantosa ansiedad propia del que espera.... Solo una carta habia recibido escrita por Otón á poco de su llegada á Lóndres, y aquel dia habia sido un dia de verdadero gusto y felicidad para la niña.... Pero los meses volaban, y el inconstante Otón no volvia.... Aurelia empezó á dudar del elegido de su corazon; empezó á comprender la indiferencia que le inspiraba, y á sentir los tormentos horribles de los celos, de esa fiebre que agita continuamente á todos los amantes, porque como ha dicho muy bien García Gutierrez,

¿Cuándo viven sin celos
Los pobres enamorados?

El ángel de la fé plegaba sus alas blanquísimas, y se presentaba á los ojos azorados de Aurelia el fantasma descarnado y aterrador de la duda.... de la duda, es decir, de la muerte.... La pobre niña sufria mucho, pero sufria en silencio: ni una sola queja contra su amante brotaba de su lábio, porque Aurelia conocia que no se apagaba su amor; sentíalo

al contrario, mas vivo y mas potente, latir en su pecho generoso y arder en su imaginacion deslumbrada. Aurelia amaba á Otón con ese amor de completa abnegacion y de entusiasmo, que no comprenden ni pueden comprender las almas vulgares; con uno de esos amores divinos que suelen atraer las risas de la sociedad entera, porque los entes miserables que la componen, no pueden creer que sentimientos tan nobles y tan elevados se abriguen en el corazon de una pobre niña....

Nada hay generoso y grande que no pueda una muger, ha dicho la Avellaneda; y nosotros repetimos ahora con la poetisa: *nada hay generoso y grande que no quepa en el alma de una niña apasionada.*

Cuando la madre de Aurelia se quejaba abiertamente de la singular conducta de Otón, la pobre abandonada salia siempre á la defensa de su amante, y ya con ingeniosas disculpas ó con caricias dulcísimas, prodigadas á tiempo, calmaba la justa indignacion de la noble señora.

—Es un infame! decia la marquesa.

—Mamá! no insultes á mi Otón: ¿sabes acaso la causa de su silencio? ¿Ignoras ademas cuanto le amo? ¿Quiéres hacerme sufrir con tan duras palabras? Mira, mamá, yo siento aquí y aquí, y señalaba su corazon y su frente, que este amor durará lo que mi vida.

—Pobre hija mia! y las dos mugeres se confundian sollozando en un tiernísimo y prolongado abrazo....

Mientras tanto Otón se batia por Lady Everard.

No hay que dudarlo: la muger es mas capaz que el hombre, de alimentar una de esas pasiones tan ardientes como generosas, tan intensas como desinteresadas, que consumen con fuego interno el pecho que las abriga, que opacan los ojos y los hunden en las órbitas, que hacen palidecer y doblegar la frente, que quitan á los lábios su púrpura y sus risas....

¡Hay tan pocos hombres capaces, no ya de sentir, sino de saber apreciar tales pasiones!....

Sin embargo, nosotros conocemos á algunos que han sentido y sienten aún uno de esos

amores intensos que llenan toda una vida.... una de esas pasiones locas, á las que se sacrifica sin dolor, el nombre, la tranquilidad y el porvenir....

Pintar el dolor de Aurelia seria imposible; pero ya lo hemos dicho, sufria sin exhalar la queja mas leve contra su ingrato amante.

¿Otón la habia olvidado completamente? No: la imágen de la hermosa niña se levantaba de vez en cuando en su imaginacion distraida y entonces esclamaba en el fondo de su corazon:

¡Cómo no la he de amar siendo tan bella!
¡Cómo no la he de amar apasionado
Cuando en ella ha encontrado
Mi triste ánima inquieta
Talento, juventud y donosura,
Cuanto halaga la mente de un poeta?....

En esos instantes sentia como un remordimiento, si es que cabian remordimientos en aquella alma elevada en otro tiempo, pero cuyos nobles resortes estaban ya gastados.

Paseos, comidas, espectáculos, aventuras de

todas clases formaban la vida de Otón, vida de aturdimiento y ruido, sin un goce puro en medio de tantos placeres....

Abandonémos por ahora á nuestro jóven, que no tardarémos en encontrarlo bajo otro cielo menos nublado.

CAPITULO VI.

EN PARIS.

Aurelia, la bella napolitana, está en París.

Caida la administracion que habia desterrado á su padre, el nuevo gobierno se apresuró á llamar al seno de la patria al marques de Tavory; pero tranquilo éste en el dulce país de su esposa, se habia negado á volver á Francia, despreciando las ofertas que se le hacian. Al fin un correligionario político, un amigo de la infancia habia subido al poder, y entonces no pudo ya rehusarse el marqués á sus repetidas instancias, y volvió al suelo querido donde habia visto la luz primera.

La llegada de Aurelia á París causó una verdadera sensacion en aquel pueblo ligero y novelesco. No se hablaba de otra cosa en los mas distinguidos círculos y en los salones mas

aristocráticos, que de la hermosura y de las gracias de la jóven napolitana. La primera noche que se presentó en *los Italianos*, obtuvo su belleza un verdadero triunfo, una ovacion completa: los *gemelos* de los mas apuestos *leones* se dirigian á su palco con tanta tenacidad, con fijeza tal, que era una verdadera impertinencia: baste decir, que esa noche causó su divina aparicion en el teatro bastantes rompimientos amorosos, y quizá algunas hermosas niñas de cabellos de oro, al desprenderse para acostarse, de sus ricas galas, la prodigaron injustos epítetos arrancados por la envidia y por los celos.

Los nobles del antiguo régimen y la nobleza moderna, los literatos y los especieros enriquecidos, todos se disputaban el honor de ser presentados en el hotel del marqués de Tavory; todos anhelaban conocer de cerca aquella flor de ardientes climas, que la fortuna habia traido á su Paris.

Los jóvenes veian en Aurelia una rara hermosura; los padres consideraban en ella *un buen partido*.

Pronto llegaron á ser los salones de Tavory un punto de reunion de las principales notabilidades políticas, artísticas y literarias. Las *soirées* de la marquesa adquirian el mas justo renombre, y la pintura de su delicado gusto y magnificencia, ocupaba muchos dias despues á los concurrentes á cada fiesta.

¿Habia olvidado Aurelia á su Oton en aquel mundo nuevo en que se encontraba? No: en medio de aquella existencia de brillantes goces, el corazon de la niña habia sabido conservar intacto su cariño á Oton, al que no desesperaba completamente ver de nuevo á su lado.

—¡Oh! ¡quizás volverá á mí!—pensaba á menudo, mientras algun fátuo la prodigaba necias galanterías, salpicadas con frases de una dulzura insoportable.

Entre los que aspiraban á la mano de Aurelia, al que mas distinguia ésta, y al que el marqués mas apreciaba, era al jóven vizconde Eduardo de la Marenne. De noble figura, maneras distinguidas, y conocimientos nada comunes, sabia captarse el aprecio de todos, y era digno de la consideracion que le dispensa-

ban el marqués y su hija. Eduardo no pudo gozar mucho tiempo de la proximidad de la italiana, sin sentir hácia ella un amor naciente, que fué echando raices mas profundas con el trato continuo. Aurelia no se habia apercibido de esto; amando como amaba á Oton, no pensaba jamas en el amor de otro hombre; así es, que atribuia el afecto de Eduardo á una amistad tan noble como sencilla; amistad á que correspondia con franqueza, porque apreciaba las bellas cualidades del jóven vizconde.

Tímido por carácter, Eduardo no habia confesado á Aurelia la pasion que por ella sentia: habia, sí, dádosela á entender con ardientes miradas y con encubiertas frases, pero la niña veia solo en tales demostraciones el cariño de un hermano. No así el marqués; paso a paso habia seguido en su desarrollo el amor de Eduardo, y se complacia algunas veces en pensar, que quizás algun dia daria á aquel recomendable jóven el dulce nombre de hijo.

La mano de Aurelia habia sido pedida al marqués de Tavory por los mas brillantes títulos; pero siempre encontró éste una evasiva

para responder á tales pretensiones, fundándose en su infinito amor á su hija, cuya separacion,—decia,—le seria imposible soportar.

Tocó su vez á Eduardo. Convencido de las simpatías que inspiraba á Aurelia, simpatías de pura amistad, como lo hemos indicado, pero las que el jóven traducia segun sus deseos, resolvióse al fin, despues de infinitas luchas, á manifestar al marqués el estado de su alma, que demasiado conocia éste, esperando de su lábio la felicidad ó la desgracia de su vida entera. Adrian de Tavory escuchó al jóven con manifiesto gozo, dióle por su parte esperanzas, y se convino que si Aurelia no se oponia, podria celebrarse el matrimonio al año siguiente.

—Pero aun falta saber la voluntad de mi hija.... habia dicho al vizconde al separarse.

—¡Oh! marqués.... creo que ella me ama! —respondió el jóven con húmedos ojos y timbrado acento....

Al dia siguiente al dar las doce en el reloj de Nuestra Señora, se hallaban en un lindo gabinete de un espléndido hotel de la Chaussée d'Antin el marqués de Tavory y Eduardo de

la Marenne; el primero tendido en un magnífico sillon á la *renaissance*, y el segundo de pié á su lado, dirigiendo frecuentes miradas á una pequeña puerta de esculpido cedro.

—Vamos, no esteis impaciente, Eduardo, —decia sonriéndose el marqués al inquieto vizconde,—he mandado llamar á Aurelia, y no tardará en presentarse.

Efectivamente, apenas concluia de hablar, cuando la pequeña puerta mencionada, se abrió dulcemente, y se presentó en el umbral el elegante busto de la hermosa niña.

—¿Qué me quieres, papá? dijo deslizándose mas bien que andando sobre la rica alfombra,—y percibiendo al vizconde que no habia visto de pronto:

—Buenos dias, Eduardo, le dijo, tendiéndole la mano que el jóven se apresuró á estrechar.

El marqués besó con ternura la purísima frente de su hija, y sonriendo al vizconde, la hizo sentar á su lado.

—Aurelia, tú sabes cuanto te amo,—la dijo

con tierno acento—y debes comprender hija mia, cuánto debo interesarme en tu porvenir....

—¿Qué quieres decir, papá?—interrumpió la niña sobresaltada con una rápida idea que iluminó de súbito su mente.

—No me interrumpas—prosiguió el marqués,—solo fruto de mi feliz enlace, y único vástago de mi noble casa, cifro en tí todas mis afecciones, todo mi cariño.... Dime, Aurelia, ¿entre tantos jóvenes como te obsequian, no se siente tu corazon inclinado á alguno?....

Eduardo inmóvil aguardaba la respuesta.

—¡Papá!....

Aurelia lo habia comprendido todo.

El marqués creyó ver en la esclamacion de su hija y en el carmin que tiñó su frente, una señal inequívoca de que amaba á Eduardo.

—Vamos, alma mia, nada me ocultes, te quiero á tí demasiado y aprecio lo bastante á Eduardo para desear la dicha de ambos; conque vamos, ya no hay mas que hablar á mamá, ¿no es así?

—¡Pero si yo no he dicho que le amo! es-

clamó la niña con breve acento, levantándose rápidamente.

Un rayo no hubiera causado mas efecto en el pobre jóven.

El marqués quedó tambien aturdido.

—Vizconde,—prosiguió la niña con voz firme—sois mi amigo predilecto, mi hermano querido, y no debo engañar á un corazon tan noble como el vuestro; pero, creedme, no puedo daros mi amor. Y vos, padre mio,—dijo animándose por grados—ya sabeis cuanto os venero y respeto, pero si no quereis causar la muerte á vuestra hija, no la obligueis á que os desobedezca una vez en su vida. Y con segura planta y frente altiva, atravesó el gabinete y desapareció por la esculpida puerta.

La pluma es impotente para pintar ciertas sensaciones. Imagínese el lector lo que sentiria Eduardo de la Marenne.

El jóven abrigó una esperanza, la creyó realizada y la ve al fin desvanecerse como una nube....

Digno era el vizconde del amor de la italiana, mas digno mil veces que el inconstante Oton

de Lartigues. Y sin embargo, Aurelia no aceptaba al noble jóven, y entregaba su alma, su corazon y su pensamiento, al que la posponia á sus locos placeres. Esa es la muger....

CAPITULO VII.

SACRIFICIO.

—¡Mi caro Oton! ¿De dónde sales ahora? ¿Qué te ha sucedido?

—Nada, Enrique: fastidiado de nuestro Paris, fuí á dar un paseo á Nápoles; estuve despues en Lóndres, y ya me tienes de vuelta mas aburrido que nunca....

—¡Es posible! ¡Hombre feliz! ¿Conque has estado en Italia? Yo anhelaba visitar ese encantado Edén, pero ya conoces á mi tio; me quiere tanto que no me deja separar de él por mas que se lo pido....

—¡Tio feroz! ¡tio insensible! Pero tú.... cuéntame.... ¿Qué hay por acá de nuevo? ¿Está Paris tan triste como cuando marché? Vamos, díme las novedades que han ocurrido... ¿Todavia te es fiel tu querida? Y Laura, la

incitante Laura, ¿cuántos sucesores me ha dado en mi ausencia?.... Vamos, háblame francamente, chico. Ya sabes que soy filósofo y que nada me sorprende....

—¡Hombre! tú caminas por vapor.... no tantas preguntas á la vez. Vamos por partes. Mi querida ha seguido siéndome.... cuasi fiel.... Tu Laura no ha tenido mas amantes desde que te fuiste, que un doctor aleman, un habitante del *país italiano*, un actor de las *Variedades*, y un retratista al daguerreotipo.... Conque ya ves que no puedes quejarte: cuatro amantes en diez ó doce meses me parece que es número muy moderado en el siglo del telégrafo eléctrico y de los caminos de fierro....

—¡Inconstante! ¡Ingrata! ¡Cuatro amantes!.... Es una miserable coqueta.... amigo mio.

—¡Qué pródigo estás de esclamaciones! Cálmate, chico; ¿no dices que eres filósofo? ¿A dónde está esa filosofía decantada? Ademas, ausente de Laura, ¿cuántas queridas no habrás tenido tú en esa Italia, entre esas mugeres de negros ojos y brillantes cabellos? Y entre las

tristes brumas de Albion, ¿no te habrá encantado tambien alguna lánguida hermosura de azules pupilas? Vamos, Oton, seamos justos y no exijamos de la muger la constancia que no somos capaces de guardar.

—Tienes razon, Enrique,—contestó Oton con un movimiento de hombros que podia traducirse como conformidad ó desprecio—tienes razon, y mucha.... Hablemos de otra cosa.... ¿Qué hay de ópera? ¿Sigue la Cruvelli entusiasmando con su voz divina?

—Como siempre.... enloqueciéndonos á todos....

—¿Y las *soirées*? ¿cómo han estado este invierno? ¿No ha hecho su *debut* en el gran mundo alguna nueva belleza? Vamos.... dime....

—Sí, Oton, y una belleza espléndida, una criatura celestial, una hourí de Mahoma....

—Me admiras con tu entusiasmo, Enrique. ¿Y cómo se llama esa encantadora? ¿A qué familia pertenece?....

—¡Oh! no debes conocerla. Es una flor exótica acabada de trasplantar á nuestros jar-

dines de invierno..... es una divina belleza napolitana.... es Aurelia de Tavory...

—¡Aurelia! ¿Aurelia está en Paris? esclamó Oton con viveza....

—Pues qué ¿la conoces? le interrumpió Enrique asombrado.

—¿Que si la conozco? nunca me olvidaré del dia que la ví por vez primera, amigo mio: fué en *la Incoronata*..... Pero.... ya hablarémos de esto mas despacio, Enrique.... Ahora dime, ¿tiene muchos adoradores la linda Aurelia?....

—Infinitos, Oton; pero el único cuyos homenages son bien aceptados es nuestro amigo Eduardo de la Marenne.

—¡Eduardo! ¿con que Eduardo es su amante?—dijo Oton agitándose bajo una impresion estraña.

—Vaya, no hay quien lo ignore en todo Paris, y aun parece que su enlace se verificará muy pronto....

Los que conozcan un poco el corazon del hombre, no estrañarán que Oton, que habia abandonado á la hermosa niña; que Oton que

bia pospuesto sus divinos amores á sus locas enturas con Lady Everard; que Oton que bia perdido el recuerdo de los dulces dias sados en Nápoles á su lado entre los bulli- osos placeres y las continuas fiestas de Lón- es, sintiese revivir en su corazon á impulsos los celos, si no un amor apasionado, al me- s un deseo vivísimo de no perder á la mu- r que le habia querido tan tiernamente. ¿Ha- a en este deseo un sentimiento de amor pro- o? ¡Quién sabe!

Otón se propuso desde aquel instante ver de evo á Aurelia, arrostrar su justo desden si a preciso, pero hacer revivir á toda costa el nor que creia apagado en su pecho, y ser an- Paris el amante de aquelia hermosura tan diciada Fijo ya en esta idea, se volvió son- endo á Enrique:

—Chico, dame un cigarro—le dijo; y des- ues de un instante—oye, te parece que va- amos á almorzar á Veroli? Allí entre la es- uma del Champaña y el humo de los haba- os, te contaré algunos pormenores de mi re- entina escursion. ¿Aceptas?....

—Con mucho placer, querido—y unidos del brazo abandonaron el Boulevard en que se hallaban y se dirigieron conversando con animacion hácia el punto designado.

.....

¿Habeis encontrado alguna vez el dulce objeto que creíais perdido? ¿Comprendeis el gozo de una madre al ver al hijo de sus entrañas despues de largos años de penosa ausencia? Pues ni aun así comprendereis el vivísimo placer que sintió Aurelia al volver á contemplar á su lado al ídolo de su corazon, al ángel de sus ensueños de vírgen.... Mucho gozó la pobre niña.... su pecho se agitó con nuevo brio, acarició nuevas esperanzas, y se entregó sin reserva á complacer al hombre que adoraba....

Otón se habia engañado. Creyó que la jóven le habia dado al olvido: así es que en su primera entrevista en París, temió recibir de ella marcadas señales de indiferencia, si no de desprecio; pero su corazon latió de orgullo y de gozo al escuchar el profundo grito que ex-

aló la niña al lanzarse á sus brazos ébria de
mor y de ventura....

Otón admiró á Aurelia y se sintió humilla-
o al contemplarse tan inferior á aquella mu-
er, modelo de nobleza y de constancia....

Una lágrima brotó de sus ojos. Lágrima
iva, fiel espresion de lo que pasaba en su al-
a....

Dulcísimas horas pasaron juntos los dos
nantes.... Aurelia gozó de esa felicidad su-
ime y espiritual que deben sentir los queru-
nes allá en el cielo: Otón de ese placer ma-
rial y etéreo á un tiempo mismo, único que
gita á un corazon débil y gastado....

El amor es la vida de las mugeres, ha dicho
ablo Jacob al hablar de las obras de Jorge
and, y ninguna muger habia probado como
urelia la absoluta verdad de este concepto.
urelia no sabia mas que amar; pero al con-
rario de esas bellezas que por natural incons-
ncia no se fijan ni aman jamas á un hombre,
no que solo aman al amor y no al amante, al
ntimiento y no al que lo inspira, habia entre-
ado su alma entera al primer hombre que po-

bló de ilusiones su mente de niña, al primero que hizo latir su corazon lleno de fuego como los volcanes de su Italia.... Y ese hombre, ese Otón al que tributaba un culto, una adoracion sin límites, no era capaz de corresponder á su amor con un amor igual, con un amor absoluto, con un amor de completa abnegacion y férvido entusiasmo....

El arco-iris que brillaba en el azulado cielo que en su ilusion contemplaba la enamorada niña, iba á desaparecer de repente.... apagábanse sus colores y empezaba ya á percibirse ese rumor sordo que precede lo mismo á las tempestades del corazon que á las tempestades de la naturaleza.. .

Aurelia comenzó á notar en Otón una inquietud continua, distracciones frecuentes, y temió verse de nuevo abandonada por su cruel amante.... Entonces redobló sus atenciones, su cariño hácia él, y pidió á Dios con lágrimas de fuego no la privase otra vez de la vista de su Otón querido.... ¡Pobre Aurelia!

Otón habia satisfecho ya su orgullo: se habia gozado con las ansias de sus rivales, con el

continuo murmullo que la envidia llevaba á sus oidos, y sentia que su corazon fijo por un instante en el amor de la italiana, anhelaba ya nuevos objetos, escenas diversas, sensaciones distintas.... Pero su posicion era comprometida: el marqués y la marquesa de Tavory, aunque solo por el inmenso cariño que tenian á su hija, habian dado al fin su consentimiento para su enlace; París entero lo aguardaba, y Otón, al que todos creian ansioso de contraerlo, Otón lo diferia con pretestos fútiles, pero bien combinados.... Acometióle al fin un pensamiento infernal: decidió sacrificar á su libertad á la pobre niña que tanto le amaba....

La tibia luz de la luna alumbraba una noche débilmente un jardin, en el que se veia á una muger cubierta con una ligera bata blanca y con los cabellos en desórden; esta muger se estremecia de amor entre los brazos de un jóven y lanzaba profundos suspiros entre cortadas frases....

—Adios, madre mia! adios, mi buen padre! decia llorando.... Adios, sociedad que me has deificado y me despreciarás mañana! adios!

—Pero el jóven la hablaba con viveza, lanzaban sus ojos estraordinario brillo, y entonces la niña doblando la cabeza en su hombro le decia con voz dulcísima:

—Bien, Otón, bien: tú lo quieres.... ¡Vamos, amado mio, vamos....! ¿Qué me importará el mundo al lado tuyo? Me amarás mucho, ¿verdad? me amarás mucho....? ya ves si yo te amo!....

—Sí, Aurelia, te amaré mucho.... ¿Recuerdas mi cancion? ¡Amor es vivir! Y el jóven murmuró estas estrofas en su oido:

Sentir nuestra sangre arder en las venas,
Y el pecho afanoso con fuerza latir,
Sentir unos brazos por blandas cadenas.....
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Oir de su amante el trémulo acento
Que suena mas dulce que el aura al gemir,
Mirar cual palpita su seno violento....
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Posar en sus lábios los lábios ardientes
Y en mágico beso sentirse morir,
Unidos los pechos, unidas las frentes....
Eso, ángel querido, se llama vivir.

—Gracia, amado mio, balbutió la jóven dándole un beso.

Otón prosiguió:

Sentir que los ojos se cierran á impulso
De insólito goce que el alma va á henchir,
Sentirse embriagado, sentirse convulso....
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Sentir unos sueltos, sedosos cabellos
Rozar las mejillas y suaves bullir
Al cálido soplo que vaga entre ellos....
Eso, ángel querido, se llama vivir.
En dulces deliquios perder la memoria,
Y oir un "yo te amo" que el pecho va á herir
Eso, ángel querido, se llama la gloria,
Eso, Aurelia mia, se llama vivir....

Aurelia se desmayaba de emocion en los brazos de su amante.... Otón triunfaba.....

.....

Profunda sensacion causó en París la desaparicion de Aurelia....

La marquesa de Tavory no pudo resistir á un polpe tan rudo, que heria á la vez su tierno corazon de madre y el acrisolado honor de su noble estirpe....

Poco tiempo despues descansaba en paz (si es que hay paz en la muerte) en un magnífico sepulcro del cementerio del Padre Lachaise.

Su esposo el marqués Adrian la siguió muy pronto.

EPILOGO.

Estamos en un pintoresco pueblecito de la Bélgica y á fines del año de 1850.

Es dia de descanso, y los labradores cubiertos con sus mas hermosos vestidos, se pasean en una pequeña plaza bordada de árboles frondosos simétricamente colocados.

Una muger hermosísima con una niña de 4 á 5 años de edad entre sus brazos, se halla sentada sobre un banco rústico, al que sirve de natural dosel la copa de un cedro gigante, á la entrada de una blanca casita situada en la misma plaza. Los labradores todos al pasar junto á la jóven, la saludan sonriendo y se quitan los sombreros con señales de respeto.

—Qué buena señora! dice uno al saludarla.

Si no hubiera sido por ella, se hubiera muerto mi pobre Agueda!

—Y mi Andrés! Vaya si es un ángel! añade otro; y todos encuentran una espresion sencilla y candorosa como sus corazones, con que alabar á aquella á quien sin duda deben grandes beneficios.

La jóven es Aurelia.

La niña el fruto de su amor.

—Qué es esto, mamá? la dice la preciosa niña, arrugando con sus blancas manecitas una carta que Aurelia lee, pintándose en su rostro las mas dulces emociones.

—Carta de tu padre, hija mia, la contestó Aurelia, besando sus ojos.

—Papá? qué, ya viene papá? oh! cuánto lo voy á querer! y palmoteaba la niña con angélica gracia.

Aurelia continúa leyendo.... La carta concluye con estas palabras:

"Detesto mis pasados estravíos,... perdóname, Aurelia..... He buscado insensato la felicidad en el ruido del mundo, sin comprender que solo podia hallarla en tus brazos aman-

tes, en medio de esa soledad tranquila. ¿Y tú no me aborreces?.... ¿no recuerdas á tu Otón? ¿enseñas á esa hija que no conozco, á pronunciar el nombre de su padre?.... ¡Perdon aún otra vez, Aurelia mia! ¡Perdon! mañana tomo el camino de fierro, para volar á tí, y muy en breve sancionados por la Iglesia nuestros lazos, nos uniremos para no separarnos nunca... Adios! besa á mi hija.

"Oton."

Aurelia lleva á sus labios las letras del hombre que nunca ha podido dejar de querer, al que ha amado tanto y por el que tanto ha sufrido; y guarda la carta en el bolsillo de su delantal de seda azul.

La campana de la iglesia del pueblo llama á misa á sus habitantes, y los corrillos que forman los labradores en la plaza se van deshaciendo poco á poco y se dirijen todos alegres á cumplir el precepto divino.

Aurelia se levanta: va á entrar en su casa para tomar su libro de oraciones, cuando presa de una turbacion estraña, cae sobre un

asiento al divisar á un ginete que se dirige á escape hácia ella.

—Qué hay, Genaro? Dice levantándose de nuevo como empujada por un resorte.

—Señora, contesta el fiel criado apeándose y derramando dos gruesos lagrimones, se ha roto uno de los trenes, y mi amo, mi pobre amo se ha hecho pedazos....

Aurelia queda un instante como aterrada: despues sin verter una lágrima, sin exhalar un suspiro, junta las manos de su hija y le dice con voz vibrante:

—Hija mia! tu padre ha muerto!.....Ruega por él!....

.....

El amor de Aurelia de Tavory no es un amor de ángel?

FIN.